

La tierra prometida en el medio de la pampa*

PAULA MIGUEL**

No todos sabemos lo que significa partir, no todos hemos vivido en carne propia un proceso migratorio, pero la gran mayoría de quienes crecimos en Argentina, tenemos rastros de partidas y llegadas, restos de viajes, de tierras remotas o de tierra adentro, que a veces aparecen entre los recuerdos dejados por nuestros abuelos. *Colonia Mauricio* reúne las memorias de un colono judío, ruso. Una serie de instantáneas de su realidad, de su vida cotidiana, muestran su época y nos interpelan hoy, como esas fotos amarillentas que desde los archivos muestran fragmentos de la construcción de nuestro país.

Necesariamente hay que ubicar este relato en su contexto. A principios del siglo XX en Argentina, había comenzado a circular una variada producción literaria (diarios, novelas, poesía, folletines, etcétera) producida por los inmigrantes, que habían llegado al país en ese tiempo. En el año del centenario, 1910, se publica *Los gauchos judíos* (Gerchunoff, 1984), que narra la experiencia de inmigrantes que, escapando de los pogroms rusos de fines del siglo XIX, construyeron sus colonias en la provincia de Entre Ríos. Los contratiempos y peripecias son sobrellevados estoicamente por los colonos de Gerchunoff que, como resultado del esfuerzo, devienen argentinos. Es el más representativo de los cantos a la gran integración en la Argentina, el crisol de razas. Su intención era asimilar al inmigrante judío en la cultura nacional, a través de la fusión en la figura del gaucho, figura emblemática, personaje clave de la literatura de la época, que encarnara en el paradigmático Martín Fierro de José Hernández, y que fuera reinterpretada y utilizada de dispares maneras por otros intelectuales preocupados por rescatar la “esencia” del ser nacional.¹

Otras obras que recopilan facetas más problemáticas de la experiencia de la inmigración judía en la Argentina, no tuvieron tal difusión temprana. A veces publicadas parcialmente en revistas de la colectividad, sólo en los últimos años fueron traducidas y editadas completas y en castellano y aún hoy guardan una posición marginal en rela-

* A propósito de *Colonia Mauricio* de Marcos Alpersohn (1991).

** CONICET–IIGG, UBA.

¹ Al respecto, véase en este mismo número el trabajo de Marina Farinetti, “Gauchos y gringos en la formación de la nación argentina”.

2 La obra se estrena en julio de 1926 en idish a cargo de la compañía del director Rudolf Zaslavsky. La obra provoca una gran polémica en los círculos teatrales judíos de Buenos Aires y se representa en el exterior en numerosas ciudades; Zaslavsky la pone en escena en Varsovia. (Glikman 1984:47/62)

3 Este tema también aparece comentado por Alpersohn (1991:9-17) en “Los ‘impuros’ y su hedor”, uno de los primeros capítulos de *Colonia Mauricio*, donde cuenta cómo muchos de sus compañeros de viaje y sus familias son reclutados en el Hotel de los Inmigrantes, y llevados por el camino de la prostitución.

4 Tal vez valga aclarar que, mientras Alpersohn pasa toda su vida adulta en Colonia Mauricio desde su llegada a la Argentina, Gerchunoff habita en una colonia cercana a Villaguay, Entre Ríos, siendo sólo un niño de entre 6 y 12 años de edad, aproximadamente. Habiendo llegado en 1889 a la colonia, en 1895 su familia se muda a Buenos Aires.

5 *Jewish Colonization Association* ó Asociación de Colonización Judía.

ción con la construcción del relato “oficial” o “legítimo” inmigratorio. Estos relatos contemporáneos de la obra de Gerchunoff aparecen recientemente para contestar, de alguna manera ese idílico relato, para sumar otras voces a la construcción del discurso sobre la inmigración judía en Argentina. En 1984, se edita en español *Ibergus*, con el título de *Regeneración*² (Malaj, 1984); se trata de una obra de teatro que encara el problema de la trata de blancas.³ En 1987 se traduce *Koshmar*, el trabajo del periodista Pinie Wald acerca del pogrom de la semana trágica; y en 1991 *Colonia Mauricio* de Marcos Alpersohn.

Colonia Mauricio es el primer volumen de *Treinta años en la Argentina, Memorias de un colono judío* de Marcos Alpersohn, que abarca los primeros años de la colonización judía en la Argentina. Este primer volumen corresponde a los siete años transcurridos entre el desembarco en 1891 y la muerte del Barón Maurice de Hirsch.

Tal como comenta Eliahu Toker en la introducción a *Colonia Mauricio*, “Alpersohn es el anti-Gerchunoff⁴; su libro está escrito con furia; sus protagonistas no son idealizados ‘gauchos judíos’ sino inmigrantes de carne y hueso.” (Alpersohn, 1991:IV-V) El hecho de partir desde Rusia hacia la pampa argentina, con el mandato y proyecto de devenir colonos, campesinos, sin tener ninguna experiencia para hacer esas tareas y mucho menos, construir una colonia virtualmente de la nada, en el medio de la nada, tuvo un costado traumático, crudo y complejo, que no tuvo un desarrollo ni un final del todo feliz. La obra de Marcos Alpersohn es un vivo un retrato de esto.

Marcos Alpersohn, llegó a la Argentina con su familia a los 31 años, en agosto de 1891, entre los grupos de inmigrantes traídos por el Barón de Hirsch y la J.C.A.⁵ que compraban tierras para establecer a los judíos de con el propósito de constituir comunidades de producción agrícola. Ya desde la llegada al Hotel de los Inmigrantes, las cosas no son como parecían pintadas, de la misma manera que ocurrió para tantos otros que vinieron por esos días a “hacerse la América” en Argentina.

Las memorias de Alpersohn, están lejos de la epopeya de la construcción de la Gran Nación Argentina, así como se distancian del relato de la desgracia de aquel que, habiendo dejado todo por un futuro promisorio pero incierto, se encuentra con que la suerte no lo acompaña. Las memorias de Alpersohn construyen un libro de denuncia, un testimonio crudo, donde sin mucha vuelta habla la pluma del opri-

mido y fustigado, humillado y ofendido; dejando claro cuánto más duele, cuánto más amarga se siente la injusticia cuando es ejercida por su propia gente. Los personajes de esta historia, de esta historia de vida, tienen que ver con su propia gente: inmigrantes judíos, compañeros de viaje, los administradores judíos a cargo de la colonia en formación y las instituciones judaicas que promovían la colonización.

Alpersohn casi no se ocupa de personajes “criollos” o locales, que son descriptos muy brevemente y como al pasar; cuando aparecen, porque el relato de Alpersohn es una narrativa de la vida cotidiana, que en este caso transcurre en un ambiente aislado, como lo es una colonia en el medio de campo argentino, a unos 300km de Buenos Aires, que en ese tiempo era una distancia importante. Además, hay una barrera idiomática y cultural que deja a lo local de lado, como un otro marcado muy fuertemente. Breves comentarios caricaturizan a ese otro extraño, como la impresión que causa el ver por primera vez un “*vigilante negro*” tomando mate (1991:3), un jefe de estación (p. 24), un vaquiano (p.31) o algún otro personaje.

El propio gaucho aparece retratado como un visitante extraño que llega con su facón y su guitarra pidiendo trabajo en tiempo de cosecha, pero que trae aparejados hechos de cuatrero y violencia sexual (Alpersohn, 1991:236-253). Lo notable es que el retrato no pinta a un enemigo –aunque se lo corra a tiros– sino a un otro con diferencias culturales muy marcadas. “¡Para el gaucho ésta es la cosa más natural del mundo!⁶ No tiene noción de la propiedad, no conoce la diferencia entre mío y tuyo; él toma simplemente aquello que necesita o le place (...) no sabe nada acerca de moral ni tiene noción alguna de religión (...) ¡Lo que él poseía era de todos y lo del otro era también suyo cuando lo necesitaba! (...) Pero tropezó con la moral civilizada, con el orden legal (...) cuando pide un asado le exigen plata. Entonces ese pobre hijo de la naturaleza lo pensó mejor y decidió apoderarse de todo lo que estuviese al alcance de su mano.” (p. 237-238)

Alpersohn, en un impecable ejercicio de relativismo cultural, puede explicarse la acción de esa criatura ajena, y sin llegar a compartir su conducta, puede comprenderla. Incluso el gaucho Barrabueno, tiene un lugar especial en sus recuerdos como alguien que era muy querido por los hijos de Alpersohn, que cantaba y tocaba la guitarra, contaba muy buenos cuentos y trabajaba junto a su familia, acompañándolos durante unos cinco años para un buen día irse sorpresivamente como había llegado. (1991:304-312)

6 En referencia a que le habían cortado un pedazo a una vaca de los colonos, unos 10 o 15 kilos, para hacer un asado, dejando el resto del animal desperdiciado.

Pero cuando se trata de la acción de sus compañeros de viaje o de los administradores de la colonia, aparecen emociones encontradas: rabia, rencor, impotencia, frente a lo que él ve como una traición a los valores que deberían ser compartidos, como una grave falta a la cultura y costumbres en común. En esos casos su relato despliega un sentido analítico agudo, punzante, donde se manifiesta una actitud fundamentalmente crítica frente a los hechos y sucesos de la vida en la colonia, donde los momentos felices tienen su espacio, pero son pocos y siempre aparecen como un pequeño contraste, una nota de color, un sutil detalle que crece como la flor de loto, en medio del fango y la pestilencia de los sinsabores y las injusticias a las que se ve sometido.

En ese sentido, Alpersohn deja bien claros sus propósitos: “Voy a mostrarles vívidamente todo lo sucedido con nosotros, pioneros, día a día y noche a noche, desde el año 1891 (...) Lo que en realidad me preocupa es haberme visto forzado a tocar en este libro a esa camarilla de honorable gentuza (...) Un solo pensamiento me consuela: que tal vez mi esfuerzo ayude a mis pobres hermanos, los inmigrantes, que vienen del infierno europeo a colonizarse aquí (...) El verdadero historiador, el historiador honrado, aquel que alguna vez escriba la crónica de los sufrimientos judíos en Argentina, sea cual fuere el año en que comience su trabajo, por sí mismo ya va a descubrir a esta ‘buena gente’, a estas ‘amorosas criaturas’ de los últimos años” (Alpersohn, 1991:XV-XVII)

Una descripción viva de los protagonistas de la colonización que son retratados a lo largo de los diferentes capítulos, es desarrollada con un ameno sentido del humor y momentos de aguda ironía que hacen más que llevadero el recorrido por las casi cuatrocientas páginas de anécdotas que dan testimonio de los aspectos negativos y positivos de la colonización: el acceso a la educación para sus hijos, la alegría de trabajar la tierra, el logro de la primera cosecha, la casa propia, son momentos que mitigan las dificultades que tienen los colonos ante las inclemencias del tiempo y la naturaleza, los problemas surgidos frente a la administración de la J.C.A., las injusticias sufridas, las deudas que debieron contraer según métodos poco transparentes, la miseria y el hambre, los esfuerzos inhumanos a los que se vieron sometidos, son los temas recurrentes.

Así, el lector se encuentra con vivos retratos de los diferentes administradores de la colonia, como Guerbil, Goldsmid, Sir Butel, el Dr. Lowenthal, Lapin, el Sr. Cazés y otros. Todos ellos ocupan un lugar especial, ya que su acción es lo que estructura la vida en la colonia. Alpersohn describe también diferentes tipologías y personalidades dentro del conjunto de inmigrantes: “los impuros”, vinculados a la prostitución; “los solteros”, aquellos que viajaban sin familia; “los bígamos”, quienes habiendo dejado familia en Europa, se casaban nuevamente en Argentina, los ladrones, los deshonestos, los pusilánimes, los compañeros honrados que le apechugaban al trabajo duro.

Aparecen también valoraciones respecto de las diferentes posturas frente a los preceptos religiosos que llegan dividir espacialmente Colonia Mauricio “Algarrobo y Alice eran dos zonas distintas, como si las habitaran dos tribus diferentes. ‘Judá’ e ‘Israel’ las denominaron nuestros talmudistas Berl Rabinovich y Leizer Nissensohn. En Algarrobo se habían concentrado casi todos los ortodoxos, judíos con hermosas barbas (...) Ellos prestaban más atención al rezar que al arar...” (Alpersohn, 1991:355) “La otra parte de la colonia, Alice, era lo contrario en todo sentido. Allí se encontraban los intelectuales, las mejores fuerzas de Mauricio; gente con una concepción más amplia, librepensadora, con más cerebro que corazón, más trabajo que plegarias...” (1991: 359)

Los criterios morales, evalúan, clasifican y califican a todo aquel que tiene un espacio en su obra: quienes abandonaron la colonia, las mujeres que frente a las adversidades se quedaron trabajando a la par de sus maridos, los administradores que no supieron honrar la causa del Barón de Hirsch y malversaron fondos, maltrataron, humillaron y abusaron de los colonos.

Las situaciones por momentos exceden varias veces el límite de lo tolerable y Alpersohn explota, llegando a renegar de su gran benefactor, el Barón de Hirsch: “A mis labios afloró una maldición al Barón con todos sus millones, repudiando sus *favores* y sus *benefactores*.⁷ ¿Acaso fue el pueblo judío a buscarlo? ¿Quién lo necesitaba? ¡Un nuevo tipo de filántropo! ¡Compró la tierra a 10 pesos la hectárea, incluido el ganado que se encontraba, por millares, sobre ella, y hace contratos con nosotros calculando a 35-40 pesos la hectárea de tierra pelada...! ¡Y además con intereses... el cinco por ciento anual! Un negocio usurario... ¡Da vergüenza y bochorno un pueblo que se enor-

⁷ Subrayado en el original.

gullece de benefactores así! (...) Israel... ¿un pueblo? ¡Que nunca más sea Israel un pueblo! ¡Que Israel nunca más tenga un gobierno propio si es con jefes como Lapin, con jueces y gendarmes como esos cinco notables...! ¡Cuando muerden perros propios duele mucho más!” (1991:339)

Todas estas situaciones son tratadas con un ojo crítico, agudo, que pese a estar por momentos enceguecido por la furia, logra tomar distancia y volverse a mirar sobre sí mismo. Así, Alpersohn concluye: “Si atravesásemos con un hilo los veinticuatro años de colonización, desde la muerte del Barón, lo extraeríamos negro, sucio, y en parte rojo, ensangrentado... En algunas partes, repugnantemente mugriento y manchado por la dirección (...) También nosotros somos, en parte culpables. ¡No mucho, es cierto, sólo un poco, pero los colonos también somos responsables!” (1991:396)

Se trata de un libro que condensa y registra una historia de vida, casi a la par que la misma es vivida y en ese sentido, construye un texto crudo, revulsivo, apasionado, tal vez polémico, pero sin dudas un texto vivo al que los años no logran enmohecer y que nos revela parte de la experiencia de este pueblo buscando su lugar en el mundo, la tierra prometida, en el medio de la pampa.

Bibliografía

Alpersohn, Marcos (1991) *Colonia Mauricio*. Carlos Casares: Editora del Archivo Centro Cultural José Ingenieros. [1922]

Gerchunoff, Alberto (1984) *Los gauchos judíos*. Buenos Aires: Aguilar. [1910]

Malaj, Leib (1984) *Regeneración*. Buenos Aires: Pardés. [Ibergus, 1926]

Wald, Pedro (1987) “Pesadilla”, en *Crónicas judeoargentinas/1*. Buenos Aires: Milá. p. 327-407. [Koshmar, 1929]